

# 1

## CUESTIONES SOBRE LA ÉTICA

Las cuestiones éticas están de actualidad. Nos preocupan, y con sobrados motivos, un sinnúmero de asuntos prácticos como el cambio climático, la globalización, el hambre, la pobreza, la tecnología, la sostenibilidad, el terrorismo, la desigualdad, las minorías etno-culturales, y así un largo etcétera. Comúnmente la gente suele mantener una opinión o un punto de vista ético sobre cada uno de éstos y otros muchos asuntos que afectan a nuestra vida personal, social y global. Sin embargo, esas opiniones muchas veces carecen de un fundamento; es decir, no están filosóficamente fundadas. Por este motivo, como sostiene Peter Singer:

Para que un análisis llevado a cabo *dentro* del marco de la ética sirva de algo, es necesario hablar un poco de la ética, para tener una clara comprensión de qué es lo que estamos haciendo cuando tratamos de cuestiones éticas. (1984: 11)

Por tanto, a pesar de que la mayoría de la gente sostenga opiniones éticas, conviene comenzar con una aclaración preliminar sobre su significado.

### 1.1. ACLARACIÓN TERMINOLÓGICA: ÉTICA Y MORAL

Una primera aproximación es etimológica. “Ética” proviene del vocablo griego *êthos*, el cual posee un doble significado: por un lado, en su sentido más antiguo, remite a “residencia”, “morada”, “lugar donde se habita”. En este sentido podemos decir que hace referencia al lugar donde nacen o se fundan los actos humanos, las costumbres. Por otro lado, significa también “modo de ser” o “carácter”, no en el sentido psicológico de temperamento, sino como la forma de vida que se va adquiriendo o apropiando una persona a lo largo de su vida. En esta segunda acepción, el *êthos* deriva a su vez de *éthos*, lo cual quiere decir que el “carácter” se logra mediante el “hábito”. Ahora bien, ambos sentidos del *ethos* griego se traducen al latín con una sola palabra, *mos*, de la cual deriva el término “moral” (véase Aranguren, 1959: cap. 2). En esta línea, Tomás de Aquino afirma:

[...] *mos* puede significar dos cosas: unas veces tiene el significado de costumbre (...); otras significa una inclinación natural o cuasi natural a hacer algo (...). Para esta doble significación en latín hay una sola palabra; pero en griego tiene dos vocablos distintos, pues *ethos*, que traducimos por costumbre, unas veces tiene su primera letra larga y se escribe con eta, y otras la tiene breve y se escribe con épsilon. (*Suma Teológica*, I-II, q.58, a.1)

Desde esta perspectiva etimológica, por tanto, se puede utilizar indistintamente ética o moral, tal como se suele hacer comúnmente en el nivel de la vida cotidiana.

Sin embargo, al menos desde la modernidad se suele distinguir entre ética y moral. Esta distinción nace a partir de la disputa entre Hegel y Kant, o mejor, de la crítica que hiciera el primero a la idea de moralidad del segundo. A juicio de Hegel, “aunque moralidad y eticidad sean sinónimos según su etimología, esto no impide usar estas dos palabras diferentes para conceptos diferentes” (2004: §33). De esta manera, la ética (o “eticidad”) es la moral concreta que se realiza como una forma de vida y como el *ethos* de una comunidad (tal como la entendía Aristóteles); mientras que la moral (o “moralidad”) sería más bien como el orden de los principios universales, un producto de la reflexión del ser racional autónomo (tal como la entendía Kant). Aunque no era la intención de Hegel oponer radicalmente ambos términos, lo cierto es que la trayectoria histórica de su distinción ha derivado hasta nuestros días en una controversia filosófica insuperable (De Zan, 2004: 19-21).

En este contexto, Paul Ricoeur (1991: 258-270), afirma que se puede discernir la diferencia entre ética y moral según se ponga el acento en lo bueno o lo obligatorio. Así, propone utilizar el término “ética” para designar una vida llevada bajo el signo de las acciones consideradas como buenas, y el de “moral” para el aspecto obligatorio, marcado por normas, obligaciones, prohibiciones, caracterizadas al mismo tiempo por una exigencia de universalidad y por un efecto coercitivo. A su juicio, esta distinción es heredera de dos tradiciones diferentes: la primera corresponde a la tradición aristotélica de la vida buena, en la que la ética se caracteriza por su perspectiva teleológica (es decir,

orientada por un sentido de finalidad); y la segunda por la herencia kantiana en la que la moral es definida por el carácter obligatorio de la norma, esto es, por un punto de vista deontológico (es decir, orientado por el sentido del deber).

Por otra parte, en la actualidad hay quienes explican la distinción entre “ética” y “moral” apelando a un criterio de “trascendencia” en sentido religioso. Así, por ejemplo, Jean-Louis Bruguès (1995: 13), sostiene que la “ética” abandona la cuestión de la trascendencia en relación a las elecciones y las convicciones del sujeto personal; mientras que la “moral”, en contrapartida, busca precisamente en la trascendencia su fuente y su horizonte. Desde una perspectiva histórica y cultural, la “ética” sería el resultado de la Modernidad y el proceso paulatino de secularización y laicidad que en nuestros días mantiene una “ética sin religión” (esto es, sin una ligazón del sujeto con lo Otro trascendente); mientras que la “moral” aún mantendría la ecuación “ética + trascendencia”. En definitiva, la distinción quedaría como sigue: “ética” = ética inmanente; “moral” = ética trascendente. Sin entrar en los pormenores de este planteamiento, habría que decir que esta diferenciación se ajusta de mejor manera a la distinción disciplinar entre Ética o Filosofía Moral y Teología Moral (Fernández, 2000). Por eso, y a pesar de ser sumamente sugerente, aquí la dejaremos de lado.

Sin ánimo de exhaustividad (y a sabiendas de que no existe un acuerdo total entre los especialistas), Adela Cortina reconoce que ética y moral son dos expresiones que no se distinguen ni por su significado etimológico ni por el uso que se hace de ellas en la vida cotidiana. Sin embargo, desde un punto de vista filosófico conviene distinguirlas, ya que “se refieren a *dos niveles de reflexión y lenguaje*: el nivel de la vida cotidiana, en que los hombres viven desde antiguo con referentes morales, y el nivel de la filosofía moral, que reflexiona sobre la moral vivida en la vida cotidiana” (1996b: 121). Desde esta perspectiva, la moral se refiere al hecho mismo de que haya moral en nuestra vida; es decir, a que existen referentes sobre lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo correcto y lo incorrecto, que se expresan a través de normas, valores, obligaciones, los cuales acompañan nuestro proceso de socialización en una sociedad determinada. Así, la moral cumple el rol de prescribir *directamente* la conducta en la vida cotidiana, mediante enunciados con contenido que nos dicen lo que hay o no que hacer. La moral, en este sentido, no es un invento de los filósofos, sino que está integrada en la vida de los seres humanos. Mientras que la ética, por su parte, es la reflexión filosófica sobre la moral en su especificidad como dimensión constitutiva humana, lo que también comprende dar razón o fundamentar racionalmente su realidad. En este sentido, la ética supone de modo *indirecto* una orientación para la acción (Cortina, 1996a: 30-32).

## 1.2. LA ÉTICA Y SUS TAREAS

Dicho lo anterior, entonces, la ética pertenece al ámbito de la Filosofía; más en concreto, se inserta dentro de la llamada filosofía práctica (que incluye además la filosofía del derecho y la filosofía política). Al intentar ofrecer una definición aproximada sobre su quehacer podemos decir que la ética consiste *en el estudio filosófico de la moral, lo cual incluye un análisis sobre el hecho moral y sus principales categorías, así como un examen de sus fundamentos y de las implicaciones que tiene en los diferentes ámbitos de nuestra vida práctica.*

Aunque así definida la ética es un tipo de saber que requiere un aprendizaje, unos métodos y un lenguaje específicos, que compromete solo a los filósofos que se especializan en ella, lo cierto es que en buena medida también es necesaria para todos los seres humanos con el fin de reflexionar sobre su propia vida moral, así como sobre un sinnúmero de otras cuestiones prácticas de carácter colectivo.

Ahora bien, a la luz de la definición que hemos ofrecido de la ética, en cuanto filosofía moral, podemos afirmar que posee tres tareas que consisten en *aclarar, fundamentar y aplicar* (Cortina, 1997: 164).

La primera tarea de la ética consiste en llevar a cabo una aclaración del hecho moral, o de por qué existe y cuáles son los rasgos principales de eso que llamamos moral en nuestra vida. También la ética debe aclarar los conceptos o categorías fundamentales de la moral, tales como la libertad, la conciencia moral, el deber o la obligación moral, la ley, y un largo etcétera. Todo esto es necesario para comprender de mejor manera la vida moral, pero también para vivir moralmente mejor. Aunque el conocimiento moral no asegura necesariamente una mejor vida moral, no es difícil reconocer que la ignorancia moral representa una grave deficiencia para lograr una vida buena y justa. Como dijo Aristóteles, en ética no investigamos por puro afán de saber o dominar la teoría, sino para ser mejores en la práctica.

Precisamente, la segunda tarea de la ética consiste en fundamentar, esto es, en dar razón o justificar racionalmente el por qué según un determinado criterio o principio los hombres deben comportarse moralmente de cierto modo. En este sentido, no hay una respuesta única y definitiva a la pregunta por el fundamento. A lo largo de la historia de la filosofía moral se han ido planteando diferentes respuestas. Desde esta perspectiva histórica podemos distinguir al menos entre dos grupos de teorías éticas: por un lado, las *teorías éticas clásicas*, tales como los planteamientos de Aristóteles, Tomás de Aquino, Immanuel Kant y John Stuart Mill; y, por otro lado, las *teorías éticas contemporáneas* que se desarrollan a partir del s. XX, tal como las propuestas de Alasdair MacIntyre, Germain Grisez, John Rawls, Karl-Otto Apel o Peter Singer.

Finalmente, y para completar el apartado de las tareas de la ética, nos queda una última que consiste en aplicar. Actualmente esta parte de la ética recibe el nombre de “Ética aplicada” (*Applied Ethics*). Sin duda, este nombre puede prestarse para malos entendidos, ya que la ética se entiende siempre como referida a la *praxis* o la acción. Sin embargo, aquí posee una connotación especial, pues se refiere a la aplicación de las dos partes anteriores —esto es, la aclaración y fundamentación— a las diferentes actividades humanas, tales como la medicina (y hablamos de bioética), la ecología (y hablamos de ética del medioambiente o ecoética), la empresa (y hablamos de ética de la empresa o de los negocios), o bien, a las profesiones (y hablamos de ética de las profesiones).

Lo dicho hasta aquí basta como nota introductoria, ya que en las siguientes páginas nos abocaremos a profundizar brevemente en estas tres tareas.